

La máscara del diablo (segunda parte)

■ ■ Hermilo Cisneros Estrada*

En la noche del 19 junio de 1914, los huertistas fueron sorprendidos por una facción de revolucionarios que venía de Villa Grande para sumarse a los villistas que se estaban concentrando en la estación Calera, de donde saldrían en cualquier momento hacia la ciudad de Zacatecas para derrocar al bastión federal de Huerta que allí se encontraba. Las fuerzas villistas habían salido ese mismo día en ferrocarril procedentes de Torreón para apoyar a Pánfilo Natera y tomar Zacatecas.

Los federales descansaban emborrachándose con el mezcal que esa tarde le habían despojado con lujo de violencia a don Eliseo Jiménez de su tienda en San Lorenzo; después del hurto, se fueron para acampar a las afueras del pueblo, justo en la cañada que está más allá del arroyo de San Marcos. Se supo que ese mismo día, los federales también robaron en lo que fue la hacienda de los Marroquín, familia de origen español y muy querida por los trabajadores de ésta, porque según dicen, siempre les dio muy buen trato. Fue muy rica en agricultura y ganadería. De las más importantes de la región. Allí asesinaron a don Manuel, el dueño, porque era simpatizante de los ideales villistas, e incluso, había proporcionado caballos y víveres a los revolucionarios, por eso los federales, aparte de asesinarlo, raptaron a dos de sus hijas, de las que ya no se supo nada nunca más.

Ese oro que llevaban para el pago de los soldados que estaban prestos para tomar por asalto a los trenes, nunca llegó a su destino. Muchos murieron esa noche del cálido junio en la cañada, pero tuvieron tiempo de esconder el oro y unas cajas de madera con armas y municiones, también enterradas junto a las bolsas de cuero con las monedas. Sumido en el recuerdo de esa plática, apenas si se dio cuenta que ya estaba muy cerca de la casa. Fue la voz de uno de los trabajadores

el que lo hizo reaccionar.

— ¡Rufiino...! ¿Qué haces por aquí con tanto frío?

— Aaah, pos' vengo a buscar al compadre Valentín pa' ver si me presta unos centavos, los ocupo porque tengo muy enfermo a mijo Tomasito y no tengo con qué llevarlo al doctor que consulta en San Lorenzo.

— Mmm... pos' desde ayer salió en la camioneta. ¡Porque ya tiene camioneta! Creo que fue a la ciudad, pero cuando regrese pos, yo creo que sí te presta, porque no sé si sepas que él no es nada agarrao, hasta parece que ni se le olvida de cuando andaba casi encuerao. Siempre es muy parejo. ¡Pero pásale! a la mejor hasta te dan algo de almorzar, o de perdido un jarro de café caliente.

El empleado se quedó echándole el alimento a las vacas, mientras Rufino, aun titiritando se dirigió hacia la casa. Luego de llamar a la puerta lo recibió doña Marianita, tía de Valentín, quien amablemente lo invitó a pasar.

— ¡Mira nomás cómo vienes muchacho! ¡Ándale! Pasa pa' que comas algo caliente. ¿Pos' qué haces por aquí con tanto frío? y mira, ni chamarra traes, a ver si no te enfermas por andar saliendo así.

Se sentó a la mesa y mientras comía, le comentó a doña Marianita el motivo de su visita que tuvo que hacer a pesar del frío. Ella le dijo que, Valentín había salido pero que ya no tardaría mucho. En eso estaban cuando Lupita, la esposa de Valentín entró a la cocina.

— ¡Compadre Rufiino! ¿Qué lo trae por ésta su casa? ¡Ayyy! Pero mire nomás, viene todo mojado, horita le traigo ropa seca pa' que se cambie.

Mientras la comadre Lupita salió de la cocina para traer la ropa, la tía de Valentín preguntó al recién llegado por la salud de su mujer, de la pequeña Belén, de su hijo y también cómo le había ido a él con su trabajo.

* Licenciado en Historia por la FFyL de la UANL y en Educación Media Superior por la ENSE. Maestro jubilado de la Preparatoria No. 3. Gran promotor cultural y primer editor responsable de la revista *Reforma Siglo XXI*. Cultiva además la pintura, la poesía y la composición de letras para canciones vernáculas.

—Nos dijo Fidel, el primo de Lupita, que te encontró el día que ibas muy apresurado a la estación del tren, por lo de la muerte de tu madre. ¡Ay, muchacho! No sé ni qué decirte, pero sé que eso es siempre doloroso, pido a Dios y quiera que estés bien.

—Gracias, Marianita. Sí me caló mucho, sobre todo por haber estado lejos de ella cuando le falló su corazón, y más al saber que los últimos días de su vida se los pasó llena de tristeza por tenerme tan lejos. En cuanto Amelia, ya está bien, y mi niña ya no se ha enfermado desde que le dio el sarampión el año pasado. El que me preocupa harto, es mi niño, con una fiebre que no se le quita. Por suerte que no le han dado los temblores.

En eso estaban cuando regresó la comadre con una bolsa en la que venían unas prendas de vestir, dirigiéndose a Rufino, le dijo: —mire compadre, a ver si le queda esta ropa, puede pasar a la recámara de la esquina para que se cambie.

Rufino tomó la bolsa y luego de agradecerle a Lupita, se dirigió a la recámara que le indicara su comadre. Momentos después regresó a la cocina donde lo esperaban las mujeres tomando café en unos jarros de barro. Se veía contento, traía puesto un pantalón de mezclilla y una chaqueta del mismo material; el frío ya había disminuido en su cuerpo y hasta podía sonreír.

—Ya me dijo Marianita el motivo de tu visita —. Dijo Lupita.

—Pos sí, por eso vengo a buscar al compadre.

—Pos él ya no se dilata— comentó la comadre Lupita. —Mientras, le voy a servir otro jarrito de café, pa' que se le quita de una vez el frío que le queda.

Marianita extendió la mano para tomar el jarrito que estaba en el trastero, mientras Lupita le arrimaba la jarra humeante con el café. Apenas le había dado unos tragos cuando el ruido de un motor y el claxon de un vehículo se escucharon afuera.

—¡Es mijo! —gritó Marianita mientras se levantaba de la mesa para dirigirse a la ventana que está a un lado de la puerta. Corrió ligeramente la cortina y se asomó hacia el lugar donde quedó estacionado el vehículo. Abrió la puerta y entró

Valentín. Él venía todo forrado, traía suéter, bufanda, abrigo, guantes, un pantalón gris de lana y unas viejas botas cubiertas de lodo hasta lo que es la altura del zapato. Entró muy sonriente, diciéndole a su tía:

—¿Cómo está tía? ¿No se ha muerto con estos fríos? —Esto le decía mientras la abrazaba y llenaba de besos.

—¡Mira, mira! Con mis sesenta y seis años a la mejor yo te entiero primero, porque quiero que sepas que estoy más correosa que tú, que apenas tienes... ¿Cuántos años tienes...?

—¡Ya ve, no que uste' está muy corriosa y que quién sabe qué! A la mejor sí está corriosa. Pero no de la mente, porque ya ve que ni se acuerda de los años que tengo. ¡Aaah qué mi viejita! Tengo cuarenta y tres, ¡cuarenta y tres! ¡Que ya no se le olvide!

Diciendo esto, se dio cuenta de la presencia de su compadre. —¡Aaayh, pero mira nomás quién está por aquí! —Quitándose el sombrero abrió sus brazos y se dirigió al compadre. Luego del caluroso saludo en ese día de intenso frío, Valentín pidió a Rufino que se sentara para que siguiera tomándose el café. Mientras Lupita a él también le servía.

En pocas palabras Rufino puso al tanto a su compadre acerca del problema que lo aquejaba.

—¡Aaah, qué caray! Pos' no se preocupe compadre; cuente con esos centavos y... ¿No me diga que se vino caminando desde su casa con este tiempo tan feo?

—Así se vino —dijo Lupita— y antes di, si llegó todo remojado y muriéndose de frío, nomás que ya le di la ropa seca que tiene puesta, ya almorzó y con el cafecito, pos' ya es otro.

—¡Sí, ya reviví! Porque de veras llegué muriéndome de frío, venía helao', helao', pero gracias a la comadre y a tu tía, ya estoy bien.

—Pos' nomás déjeme almorzar y yo mismo voy con uste' pa' llevar a mi ahijao' con el doctor.

—Pos' a ver si lo encuentran, porque pos', es domingo y algunos fines de semana se va a ver a sus familiares que tiene por allá en La Laguna —dijo

Lupita mientras se asomaba por la ventana viendo hacia la gris lejanía.

—Aaayh hija, —inquirió Marianita— ¿cómo crees que se va a ir con este tiempo tan feo? ¡Además, con estos días así, lo más seguro es que ha de tener mucho trabajo! Niños resfriados: que, con la tos, que con el catarro y fiebres en chicos y grandes. ¡No, no falta quién se enferme con este tiempo!

Luego que Valentín terminó de almorzar, los dos hombres se despidieron de las mujeres. Rufino, de mil formas agradeció las amables atenciones recibidas. Abordaron la camioneta y se dirigieron a la casa de Rufino, quien por momentos había olvidado el problema que tanto lo acongojaba.

—¡Tranquilo compadre, ya verá como todo va a salir bien! Tal vez ya pa' mañana esto sea sólo un mal recuerdo. ¡Tranquilo!

Ya pasaban de las doce del día, el frío y la lluvia no aminoraban, pero para Rufino no era lo mismo que en la mañana. Viajar en la camioneta era como si no hubiera salido de su casa. Apenas llegaron y cuando aún no se detenía por completo la camioneta, Rufino bajó prácticamente corriendo, abrió la puerta e inquieto y desesperado preguntó a su mujer:

—¿Cómo está mi criatura, no se ha mejorao'? ¿Cómo está? ¿Y Belencita, también cómo está?

—Belencita está bien y el niño ha estao' dormido casi todo el día, nomás se despertó un ratito, le di tantito té y se volvió a quedar dormidito.

—¡Buenas tardes, comadre! —Saludó Valentín quien seguía los pasos de su compadre.

—¡Ah... mira!, mi compadre me vino a trai' y nos va a llevar a ver si encontramos al doctor. El que consulta en San Lorenzo.

Sin mucha tardanza, en poco tiempo envolvieron a los niños en sábanas y cobijas, Amelia se cubrió con lo que pudo y salieron lo más pronto posible en busca del doctor.

—Ámonos, porque, así como está el tiempo nos vamos a dilatar como una hora en llegar, eso si no tenemos algún contratiempo con esta carcacha o el mal camino —dijo Valentín mientras se encaminaba hacia la camioneta.

(Continuará)